



Focos y desenfocos en la analítica del poder: Apuntes metodológicos

Approaches and blurs in the analytics of power:

Methodological notes

Adán Salinas Araya^[a], Tuillang Yuing Alfaro^{[b]*}

^[a] Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago de Chile, Chile

^[b] Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (FONDECYT), Santiago, Chile

Resumen

Se propone una serie de precisiones metodológicas respecto a la analítica del poder presentada por Foucault, intentando visibilizar la importancia de ciertas decisiones clave en el trabajo del autor francés. En primer lugar la cuestión de la positividad y su relevancia para entender el funcionamiento de las relaciones de poder y las razones por las que una analítica del poder tiene como objeto central la noción de tecnología.

Palabras clave: Tecnologías de poder. Relaciones de poder. Estados de dominación. Positividad.

*ASA: Doutor em Filosofia, e-mail: adan.salinas@gmail.com. (FONDECYT N°3170031).

TYA: Doutor em filosofia, e-mail: tuillanguing@gmail.com. (FONDECYT N°11180085).

Abstract

This paper proposes a series of methodological elucidations about the Foucault's analytics of power, visualizes the importance of key decisions in the work of the French author. Firstly the inquiry of positivity and its relevance to understand the functioning of power relations and the reasons why an analytics of power have a role central the notion of technology.

Keywords: *Power technologies. Power relations. States of domination. Positivity.*

Introducción

El trabajo de Michel Foucault sigue prestando ayuda y sirviendo de base en investigaciones muy diversas. No obstante hay que reconocer que su trabajo tiene una serie de discontinuidades, desplazamientos y modificaciones¹. Esto no quiere decir que no pueda leerse como filosofía, pero a condición que consideremos que no se trata de un sistema filosófico —una suerte de maquinaria compuesta de piezas que responden a un diseño común y siempre son completamente funcionales unas a otras—. Frente a esta imagen compacta, el propio Foucault presentó la idea de una caja de herramientas².

¹ Se ha hecho habitual hablar del esquema saber-poder-sujeto, como propuso Deleuze (1986). Caracterización no exenta de discusión, como lo ha hecho E. Castro (1995) quien asumiendo “tres Foucault” los presenta por periodos de contexto teórico y publicación hasta 1954, de 1961 a 1976 y a partir de 1984, lo que modifica sustancialmente el primer esquema. Arancibia (2005) rechaza la idea de etapas conceptuales bajo sospecha de síntesis sistémica y Castro Orellana (2008) propondrá entender estos núcleos más bien como dimensiones, asumiendo que hay énfasis pero sin decantarse por una división tajante. Perspectiva que comparte Yuing (2017) para quien esta estructura tiene un potencial como “protocolo de lectura”, pero no como clave global del trabajo de Foucault. Por otra parte, las transformaciones en el trabajo foucaultiano también ha sido abordado específicamente al interior del problema del poder. En español encontramos las modificaciones metodológicas y políticas desde la arqueología hacia la genealogía y después hacia el gobierno (MOREY, 1990). También las transformaciones instrumentales en la analítica del biopoder (SALINAS, 2014) o la hipótesis de la incorporación tardía de una genealogía del gobierno que habría modificado el proyecto de una historia de la sexualidad (CASTRO-GÓMEZ, 2016).

² En 1977, Foucault entrega algunas luces sobre esta noción: “Entender la teoría como una caja de herramientas quiere decir: que ya no se trata de construir un sistema sino un instrumento; una lógica propia a las relaciones de poder y a las luchas que se comprometen alrededor de ellas. Que esta búsqueda no puede hacerse más que poco a poco, a partir de una reflexión (necesariamente histórica en algunas de sus dimensiones) sobre situaciones dadas” (2000a, p. 85).

Ahora bien, una herramienta es algo que aunque tiene ciertos usos también puede ser adaptada. En tal sentido, el artículo pretende mostrar algunas precauciones metodológicas que Foucault expresó —principalmente relativas a la cuestión de la positividad y la intencionalidad del poder— con el objeto por supuesto de visibilizarlas y de evidenciar la imposibilidad de operar sin atender a ellas; pero también para mostrar que es posible tomar posición frente a esas precauciones una vez que son conocidas.

Teniendo en cuenta estas consideraciones, queremos abordar el problema de la positividad de las relaciones de poder, la distinción entre dominación y relaciones de poder y la forma en cómo se articulan las diversas tecnologías de poder. En suma queremos poner a examen la cuestión del uso del instrumental foucaultiano

I) La positividad del poder y su relación con el sujeto

Surveiller et punir, recibió varias críticas que atendían a lo que parecía ser una tesis muy provocadora: la prisión era una institución responsable de producir delincuencia más que de reducirla³. Las páginas finales eran verdaderamente elocuentes en este sentido. La prisión y el ensamble entre el sistema penal y carcelario permiten la gestión de los ilegalismos como una forma de administrar las jerarquías sociales y cuyo efecto más explícito es la “producción de delincuencia”. Según esta hipótesis, es esta última categoría la que justifica la vigilancia, la que fundamenta el despliegue reticular de múltiples formas de normalización que en definitiva gestionan el poder al interior del tejido social:

³ Buena parte de estas críticas están sintetizadas en el texto “L’historien et le philosophe” de Jacques Léonard, publicado en *L'impossible prison*, Editions du Seuil, París, 1980. Versión en español: “El historiador y el filósofo” en: *La imposible prisión: debate con Michel Foucault*. Editorial Anagrama, Barcelona, 1982. Según las críticas, Foucault habría hecho una lectura histórica en extremo monolítica que le habría permitido sostener la tesis de una sociedad disciplinaria como una normalización masiva. Foucault habría pasado por alto una serie de acontecimientos que harían imposible hablar de una sociedad disciplinaria. La respuesta de Foucault se encuentra en esta misma edición, en un texto titulado “La poussière et le nuage”, versión en español “El polvo y la nube”.

La prisión no puede dejar de fabricar delincuentes. Los fabrica por el tipo de existencia que hace llevar a los detenidos: ya se los aisle en celdas, o se les imponga un trabajo inútil, para el cual no encontrarán empleo, es de» todos modos «no pensar en el hombre en sociedad; es crear una existencia contra natura inútil y peligrosa» [...] La prisión hace posible, más aún, favorece la organización de un medio de delincuentes, solidarios los unos de los otros, jerarquizados, dispuestos a todas las complicidades futuras (FOUCAULT, 1998, p. 271-272).

No se trata aquí de que la prisión no sea efectiva debido al fracaso de sus propósitos; sino que es efectiva, pues crea efectos más allá de estos propósitos. El fracaso de los propósitos es parte constitutiva del sistema carcelario cuando se amplían y vislumbran los otros fines que este puede tener al interior de efectos sociales más generales. Para Foucault, dentro de esta racionalidad, heterogénea y diversa en sus mecanismos, debe prestarse atención especial al papel de la producción de delincuencia como fundamento y soporte del orden social y la naturalización del poder de castigar:

Pero quizá haya que darle la vuelta al problema y preguntarse de qué sirve el fracaso de la prisión; para qué son útiles estos diferentes fenómenos que la crítica denuncia continuamente: pertinencia de la delincuencia, inducción de la reincidencia, transformación del infractor ocasional en delincuente habitual, organización de un medio cerrado de delincuencia (FOUCAULT, 1998, p. 277).

Estas afirmaciones tienen un efecto detonante y es tal vez por eso que gatillaron interrogantes tan pertinentes como indignadas: ¿es que acaso la prisión había sido diseñada y organizada para generar delincuentes y así legitimar ciertos ejercicios de poder? Y si era cierto esto, ¿quiénes estaban detrás de esta enorme conspiración? ¿Cómo podía ser que aquella institución que carga con la distinción moral y práctica entre buenos y malos, entre peligrosos e inofensivos, tuviera como propósito oculto dar existencia a aquello que precisamente debía suprimir? ¿Cómo podía ser que el ciudadano corriente fuera víctima de este engaño estratégicamente concertado? En estas interrogantes se juega una hipótesis intencional, mientras que para Foucault el problema que parece preocuparle no es tanto la intencionalidad del diseño

de un fenómeno como la prisión, sino la positividad de sus efectos. Lo que se juega en estas interrogaciones es, en definitiva, el modo en que se comprende la positividad del poder y sus operaciones. Esta modificación de la hipótesis genera un desplazamiento en la forma en cómo se observa la relación entre racionalidad y prácticas.

En este punto, o si se quiere en torno a este tipo de interrogaciones es oportuno atender a algunas precisiones que Foucault realiza en una entrevista de 1983⁴. En ella, las preguntas se formulan desde una hipótesis intencional y demandan una suerte de “traducción” de los análisis de *Surveiller et punir* al lenguaje marxista con el fin de hacer más evidentes los rasgos del “grupo” o “clase” que organiza las estrategias de lo carcelario. Foucault avanza entonces con cautela e invita a distinguir distintos planos en el análisis institucional: “En primer lugar está lo que podríamos llamar su racionalidad o su finalidad, es decir, los objetivos que propone y los medios de que dispone para conseguirlos” (FOUCAULT, 1996, p. 148).

A este nivel se trata entonces del programa que la misma institución explícitamente declara; las funciones y propósitos que constituyen su misión institucional. Se trata de elementos evidentes para un análisis de tipo intencional. Pero Foucault distingue además otro plano que también participa de las estrategias de poder: “En segundo lugar se plantea la cuestión de los efectos. Evidentemente los efectos coinciden muy pocas veces con la finalidad.” (FOUCAULT, 1996, p.148). Ya sea por defecto, por exceso o simplemente por elementos incalculables e imprevistos que participan de la puesta en forma de la institución, su funcionamiento dará lugar a implicancias o impactos que sobrepasan e incluso contradicen aquello que la institución se ha propuesto como finalidad. En el caso de la prisión, esta cuestión es evidente: nunca se han conseguido plenamente las metas de reforma y reinserción sino al contrario; la cárcel ha estimulado y producido conductas delictivas y

⁴ Publicada en el n° 3 de la *Revue de l'Université de Bruxelles*, realizada por Foulek Ringelheim. Llama la atención el modo en que el entrevistador introduce sus cuestiones: “La publicación de su libro *Vigilar y castigar* en 1975 supuso algo así como la caída de un meteorito en el terreno de penalistas y criminólogos. Esta obra, al proponer un análisis del sistema penal en la perspectiva de la táctica política y de la tecnología de poder, trastocó las concepciones tradicionales sobre la delincuencia y sobre la función social de la pena”. En (FOUCAULT, 1996, p. 145).

dado mayor consistencia a su organización y proyección. La prisión ha dado lugar a una suerte de “carrera” delictiva que se fomenta, desarrolla y consolida en su relación con la cárcel. Esta es la dimensión de la positividad de los efectos, y que no coincide muy a menudo con el diseño programático, la finalidad o la dimensión intencional.

Foucault señala que estos desfases eventuales entre finalidades y efectos de las instituciones permiten al menos dos procedimientos que son parte de las estrategias institucionales. Por una parte, es posible intervenir la institución en busca de su enmienda o corrección en favor de su propósito original. Pero en segundo término, también es posible utilizar y re integrar funcionalmente estos efectos no deseados en el despliegue de otras estrategias y otras racionalidades. De este modo, la administración de estos efectos, su organización y puesta en relación con otros propósitos se vuelve una tarea de relevo en que implicancias y fines intercambian su lugar: “se utilizan esos efectos para algo que no estaba previsto con anterioridad pero que puede perfectamente tener un sentido y una utilidad. Esto es lo que podríamos denominar el uso” (FOUCAULT, 1996, p. 148). En el primer caso estamos ante una reingeniería programática de las estrategias, mientras que en el segundo caso hablamos del aprovechamiento de las coyunturas. Lo anterior es de la mayor relevancia en términos de identificación política de las estrategias, o para responder a la pregunta por el sujeto de las estrategias. Los movimientos políticos, más allá de lo que puede sugerir la imaginaria cesaropapista, consisten mucho más en el arte de aprovechar las coyunturas, los efectos positivos, los estados de cosas, que en la elaboración anticipada de planes sofisticados. Así, al plantear el problema de la delincuencia y la prisión, por ejemplo, la interrogante no es tanto quién diseña tales efectos: es muy probable que simplemente no pueda responderse a esa pregunta, puesto que en este entramado muchos intervienen con finalidades e ideas diferentes, e incluso la finalidad oficial de una tal estrategia –como se ha señalado– raramente llega a realizarse. Si existe un quién, un sujeto, un colectivo al que demandar intencionalidad, no es tanto un sujeto subyacente, que mueve los hilos del poder, como un sujeto que saca provecho de las positivities, de los efectos, que utiliza en su favor lo que hay dado.

La política en este sentido está del lado de una táctica de carroña más que de una lógica ingenieril.

Lo relevante en estas apreciaciones es, por una parte, que en el caso específico de las tesis de *Surveiller et punir*, la lectura conspiratoria o la hipótesis intencional, que haría suponer un sujeto como fuente exclusiva de la estrategia carcelaria, queda cancelada. Por el contrario, más que un proyecto oculto o explícito atribuible a algún grupo, casta o sujeto, la positividad del poder se ampara en una heterogeneidad de relaciones y contratos de sentido que distribuyen a distintos actores en torno a una estrategia o litigio puntual. No debe extrañar entonces que, en 1978, frente a algunas objeciones que se le habrían realizado desde la izquierda italiana –según las cuales Foucault “reduciría” la complejidad de lo carcelario al esquema del panóptico–, el autor precise: “Había, admitámoslo, un funcionalismo en el sueño de Bentham, pero nunca hubo funcionalidad real de la prisión: su realidad siempre estuvo contenida en diferentes series estratégicas y tácticas que tenían en cuenta una realidad densa, pesada, ciega, oscura” (FOUCAULT, 2013, p. 117).

Así, las configuraciones estratégicas van por delante o son primeras en relación a los programas institucionales e incluso respecto al rol que cumplen los sujetos que los vehiculan e implementan.

Ahora bien, si se trata de establecer responsabilidades o de designar y distribuir claramente los oponentes de una confrontación política, el enfoque de Foucault puede parecer a primera vista ineficiente, aunque quizás haya que pensar con más detención. Vemos demasiado a menudo la política como un enfrentamiento de proyectos, diseños y sujetos; aunque no obstante se percibe también muy cotidianamente que la política es una cuestión de aprovechamiento de resultados, acomodaciones forzosas o cómodas. Un arte más centrado en la coyuntura que en los proyectos, más en las positivities que en las finalidades.

De lo anterior podría desprenderse un pregunta larga –o si se prefiere– una serie de preguntas que se escapa del análisis de los sistemas carcelarios y que podría extenderse a otras esferas. Nos permitimos un ejemplo a este respecto: ¿Es realmente importante saber si alguien ha pensado el sistema de pensiones privado con una finalidad

oculta o una agenda propia, ya de interés personal, ya de dominación, o importa más observar que los efectos específicos de este sistema redundan en un proceso de ahorro forzoso de los trabajadores, el cual se traduce en financiación blanda para los grupos económicos y un negocio inmediato para las controladoras? Al parecer se trata de un negocio insostenible a largo plazo, con efectos de pauperización brutal de la población de mayor edad y una trastocación completa del vínculo social intergeneracional con efectos enormes de explotación económica y dominación social. Ahora bien: ¿El antagonismo político se verifica mejor en el primer caso o en el segundo? ¿Dónde está el sujeto, el antagonista político, en el planificador social que diseña el dispositivo, en el grupo económico que se aprovecha de una financiación a bajo precio o en la generación joven rica frente a la población mayor empobrecida?

Si bien esto escapa a las interrogantes de esta reflexión, sirve como un ejemplo que pone sobre la mesa algunos principios metodológicos que Foucault ya bosquejaba en su trabajo arqueológico. En efecto, en esta etapa Foucault ya es claro en su búsqueda por prescindir de instancias subjetivas que se erigieran como respuestas últimas o como responsables definitivos. En oposición a un sujeto soberano que hiciera del discurso un mero instrumento de su conciencia, en la arqueología se trataba de establecer una red de discursos que no buscase un índice de subjetividad trascendental como origen de lo dicho. Por el contrario, atender a lo discursivo en cuanto es algo efectivamente dicho, es lo que Foucault buscaba al desplazar las instancias antropológicas hacia zonas menos protagónicas en que fuese el sujeto el que resultase explicado por el “orden del discurso”. Recordemos que para el autor, la empresa arqueológica buscaba:

[...] liberar la historia del pensamiento de su sujeción trascendental.
 [...] localizarla en una dispersión que ningún horizonte previo podría cerrar; dejarla desplegarse en un anonimato al que ninguna constitución trascendental impondría la forma de un sujeto (FOUCAULT, 2002, p. 340).

No debe sorprender entonces que estas opciones metodológicas se asumieran al momento de dirigir su análisis al poder. Por esta razón, la genealogía perseguía hacer emerger las relaciones de fuerza dentro de un espacio de dispersión que no se reconoce en ninguna intencionalidad definida. Más que lo intencionado o programado, el examen genealógico buscaba lo efectivamente hecho y el modo cómo las fuerzas se organizan y distribuyen en ello. En definitiva, en todas estas alusiones se observa un esfuerzo por cómo pensar la racionalidad estratégica ya sea o no discursiva, pero no obstante, tienen también implicancias en el a la hora de elaborar un trabajo de vocación histórica.

En lo anterior, reiteramos, anida una cierta manera de pensar y ejercer la historia. También desde el momento arqueológico, la historia no debía remitirse a un momento de claridad lógica que funcionaría como su esquema o fundamento oculto. Al contrario, se trataba de evacuar todo principio unitario de lectura en favor del despliegue mismo de los acontecimientos y los discursos. Así lo señalaba el autor a propósito de *Les mots et le choses*:

Una descripción global apiña todos los fenómenos en torno de un centro único: principio, significación, espíritu, visión del mundo, forma de conjunto. Una historia general desplegaría, por el contrario, el espacio de una dispersión (FOUCAULT, 2002, p. 16).

Así, podemos ver que la arqueología anticipa las consideraciones que sobre el sujeto y su intencionalidad vamos encontrar en el momento genealógico. Se trata de un mismo gesto metodológico que cancela la subjetividad como una instancia que organiza y responde ya sea al despliegue del discurso, así como en el juego tenso de las fuerzas.

Podemos volver ahora a la cuestión de la prisión y la sociedad disciplinaria y las tesis de *Surveiller et punir*. Es evidente que la pregunta por quién está detrás de la sociedad disciplinaria puede ser seductora e incluso de una apariencia radical. Pero lo verdaderamente importante desde el punto de vista de los sujetos y grupos –la pregunta por el «quién»–, puede estar en otro lado. Para Foucault, el problema no consiste en que no haya sujeto, antes bien, lo inaceptable es su consideración *a priori*, su soberanía fenomenológica como conciencia

previa y lúcida de sí. De esta manera, el tema del sujeto pasa por que la condición misma de sujeto implica estar constituido por procesos de sujeción. Así, el modo de una sociedad disciplinaria no es tanto el de una sociedad carcelaria como el de una sociedad en que se generaliza un tipo de efectos de sujeción. Sin embargo, no hay que descartar que haya una suerte exageración en la expresión “sociedad disciplinaria”, puesto que los efectos de sujeción son contrarrestables en cada caso con efectos de emancipación: la sujeción es también un proceso de afirmación de la subjetividad. Se trata, como se sabe, de tensiones de fuerza. De este modo, cuando se habla de sociedad disciplinaria, no hay que suponer que la totalidad del vínculo social tenga esta condición de modo pasivo, sino más bien que los procesos de sujeción se dan preferentemente de este modo, de un modo que puede adjetivarse como disciplinario. Ahora bien, esto permite avanzar a un segundo escenario, en que las positivities de las relaciones de poder tienen características específicas e históricamente singulares.

II) Relaciones de poder: diferencias elementales con los efectos de dominación.

En base a lo anterior, podemos sostener que, en el despliegue de las relaciones de poder, se trata de positivities más que de intenciones, es decir, de efectos concretos en su funcionalidad y disfuncionalidad respecto de los planes y racionalidades que los han engendrado. Esto descentra la cuestión de las relaciones de poder del lugar y del agente como instancia de control.

Demos otro paso en esta dirección. Foucault busca desenfocar el análisis de las relaciones de poder de aquella hipótesis del sujeto único del poder, según la cual toda relación de poder estaría, en el fondo, más o menos controlada por un sector con un objetivo único: el dominio del resto. Según lo anterior, debe evitarse la atribución del control del poder a “la mano negra”, la “mafia” e incluso “la clase”, es decir, se cancela la atribución fácil a un agente controlador que encarne su voluntad sin fricciones en las relaciones de poder. Esto tiene varias expresiones diferentes, Foucault llama a estas hipótesis “respuestas

de ocasión” (2000b, p. 28) en una clara crítica a la simplificación que adolecen, pueden al menos darse tres ejemplos. 1.- Foucault (2000b, p. 20ss) insiste en que las relaciones de poder no son derivables de las relaciones de producción, en contra de cierto economicismo que parcializa a Marx. 2.-En segundo lugar tenemos la llamada hipótesis de la represión, que Foucault señala haber compartido durante algún tiempo⁵, según la cual el poder es equivalente a represión. El desenfoque propuesto por Foucault implicaría suspender esta premisa, vale decir, teniendo en consideración la posibilidad de que no todo el poder se juegue represivamente. 3.- Finalmente se advierten los múltiples desenfoces de la hipótesis ideológica, en favor de una consideración, según la cual, las relaciones de poder no pueden estudiarse como un derivado de los discursos, ni desde las perspectivas de las ideologías⁶.

⁵ Un testimonio contundente en *Il faut défendre la société*: “Está claro que todo lo que les dije durante los años anteriores se inscribe del lado del esquema lucha/represión. Ése es el esquema que, en realidad, traté de poner en práctica. Ahora bien, a medida que lo hacía, me veía obligado, de todas formas, a reconsiderarlo; a la vez, desde luego, porque en un montón de puntos todavía está insuficientemente elaborado diría, incluso, que carece por completo de elaboración y también porque creo que las nociones represión y guerra deben modificarse notablemente o, en última instancia, abandonarse” (FOUCAULT, 2000b, p. 30). Esta modificación de base que incluiría incluso las tesis de *Surveiller et punir*, muestra no sólo una modificación como reacción a unas críticas; sino como parte elemental del proceso investigativo.

⁶ Foucault insiste en que no hay que analizar estas relaciones en términos de ideología, los cursos del *Collège de France* añaden cada año una nota explicativa nueva. En *Du gouvernement des vivants* llega a decir que el análisis ideológico tendría una “respuesta prefabricada” (2014, p. 96). Este tipo de expresiones ‘respuesta de ocasión’, ‘respuesta prefabricada’ muestran un rechazo un poco más comprometido que lo habitual en los comentarios de Foucault y no se suavizan a lo largo de los años. Hay una cierta disputa evidente con la perspectiva del *Pour Marx* de Althusser (1966). Pero la cuestión de la ideología está ligada también a la noción de “ideología científica” de Canguilhem quien entrega una consideración positiva y productiva a la ideología, en tanto elemento constituyente de la ciencia misma y no un opuesto excluido. En efecto, Canguilhem distingue en toda ideología un elemento de contenido y un elemento de función. En el caso de la ciencia, la función está inevitablemente amarrada a las condiciones materiales de producción y a pesar de ello, su contenido puede conservar una relativa independencia y ser por ello objeto de un análisis epistemológico. De esta forma, la ideología, y en especial la ideología científica no estaría subsumida dentro de su materialidad económica: “Al revés que la ideología política de clase, una ideología científica no es una falsa conciencia, tampoco es una falsa ciencia” (CANGUILHEM, 2003, p. 45). Para profundizar véase Le Blanc (2004). Por otra parte Irrera (2015) ha invitado a reconsiderar esta disputa mirando cierta modificación del problema desde el *Pour Marx* que acentuaba la “ruptura epistemológica” y la posterior reconceptualización más política de la noción de Ideología en “Los Aparatos ideológicos del Estado” (1970) que sería una posición más susceptible de diálogo con la perspectiva foucaultiana, tanto Macherey (2014) como Balibar (2015) sugieren una línea similar. Ahora bien más allá de la explicaciones que podamos sugerir, el tema gravitante es la modificación de la hipótesis, y este distanciamiento constante de la cuestión ideológica.

Tratemos de asomarnos a las razones de estos desenfocos. En el primero de los casos, para Foucault es evidente que existen relaciones de poder que tienen una trama diferente a las relaciones de producción. Incluso existen «estados de dominación» que obedecen a una explicación diferente. La sujeción sexual, por ejemplo, no expresa la necesariamente dominación de una clase y es por supuesto mucho más antigua que las actuales relaciones de producción, incorporando elementos de una heterogeneidad irreductible. De modo que sin el desenfoco de las relaciones de producción corremos, por ejemplo, el riesgo de subordinar el ámbito de lo sexual y lo racial a las relaciones de producción. En el segundo caso, es necesario desenfocar la hipótesis de la represión para observar, por una parte, los efectos ascendentes del poder y la sutilezas de su accionar cotidiano, a riesgo de que un observador al no ver represión, tampoco vea relaciones de poder. Por el contrario, bajo la mirada de Foucault, el poder puede efectivamente ejercerse como represión, pero también puede implementarse como pastoreo, dirección de conciencia, coaching, regulación, etc. En tercer lugar, el desenfoco de la cuestión ideológica se vuelve necesario, pues, para Foucault, el poder tiene mecanismos que no son discursivos, sino que toman la forma de prácticas materiales muy concretas. Esta es la importancia de los dispositivos, conjuntos simultáneamente discursivos y prácticos, que disponen medios y fines –tácticas y estrategias– para construir efectos de poder. Este conjunto se constituye entonces como una tecnología de poder. Este tercer desenfoco es necesario entonces para no centrarse únicamente en las representaciones del poder sin llegar nunca a los mecanismos del poder y al entrelazado de racionalidad y prácticas que constituye la positividad de las relaciones de poder.

Con esta serie de desenfocos y re-enfocos Foucault no trata de erradicar la intencionalidad a las relaciones de poder, pero muestra que dichos objetivos e intenciones juegan un rol al interior de las tecnologías de poder que, en cualquier caso, es un conjunto más amplio y complejo. En definitiva, las estrategias son locales y no globales, por tanto los personajes detrás de las relaciones de poder juegan un rol más discreto que el de un organizador total.

Sin embargo, estos enfoques generan una serie de críticas ¿Cómo es posible entonces explicar ciertas dominaciones, ciertas hegemónías sociales evidentes que agrupan grandes cantidades de personas, y que producen grandes divisiones sociales?⁷ En fin, se podría atender al instrumental de Foucault y, pese a ello, seguir buscando el *noumeno*, la esencia o el sujeto que los produce. Esta es probablemente una manera en que se ha leído a Foucault. Como botón de muestra, vemos la fuerte crítica a *Surveiller et punir* que realiza Jacques Léonard, precisamente en relación a la carencia de sujetos responsables del análisis del funcionamiento de la prisión. Para este historiador, Foucault se escabulle y su análisis no da respuesta a la pregunta por el “quién” del poder: “Conviene prestar atención a las palabras claves: “poder”, “estrategia”, “táctica”, “técnica”, precisadas en ocasiones por un adjetivo; pero no sabemos quiénes son sus agentes: ¿poder de quién?, ¿estrategia de quién?” (LEONARD, 1982, p. 15) A continuación insiste:

En la página 282 se escapa la frase de que es una “operación política”, y esperamos que sean designados los responsables: ¿la policía, las autoridades judiciales o penitenciarias, toda la burguesía o una fracción de la clase dirigente? ¡Es inútil! Muy pronto, una prudente sucesión de verbos en condicional escamotea la respuesta que tal vez es sugerida muy indirectamente, algo más adelante, mediante la expresión «grupos dominantes» (LEONARD, 1982, p. 16).

De todos modos este tipo de críticas permitirán que con el tiempo Foucault tenga que afinar más el planteamiento. En tal sentido propone

⁷ Estas inquietudes se acentúan en la investigación sobre el sujeto. A modo de ejemplo, puede advertirse cierta sorpresa a la hora de que Foucault reconozca un margen de libertad y autodeterminación al sujeto. Esto puede advertirse en las preguntas que realizan Fomet-Betancourt y Gómez Müller en la entrevista “L'éthique de soi comme pratique de la liberté” en *Dits et écrits*, II. Ed. François Ewald, Daniel Defert, colab. Jacques Lagrange. Paris: Quarto/Gallimard, 2001. Texto n° 356. ¿Cómo explicar la libertad de los sujetos si estos nunca podían escapar del poder? A esta y otras interrogantes Foucault responde en algunos pasajes de *La volonté de savoir*. En lo que respecta a las “grandes dominaciones”, el autor señala: “¿Grandes rupturas radicales, particiones binarias y masivas? A veces. Pero más frecuentemente nos enfrentamos a puntos de resistencia móviles y transitorios, que introducen en una sociedad líneas divisorias que se desplazan rompiendo unidades y suscitando reagrupamientos” (FOUCAULT, 1998, p. 117). Sobre el carácter móvil del poder véase Foucault, Michel. *Histoire de la sexualité I. La volonté de savoir*, Gallimard, París. Edición en español: *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Siglo XXI, 1998.

la distinción entre estados de dominación y relaciones de poder. No es que se trate de una distinción operacional, sin la cual no se entendería el análisis foucaultiano. Es más bien una distinción accesoria o pedagógica para resolver o al menos intentar iluminar este tipo de embrollos.

Como ya hemos señalado, las relaciones de poder abarcan todo el espectro de relaciones humanas y por lo tanto sus influencias, metas e implicancias son también muy variadas. Foucault va denominar 'estados de dominación' a formaciones que neutralizan la movilidad y transformación continua de las relaciones de poder. Estos estados de dominación son, desde luego, más recurrentes en el plano del poder político pero también es posible encontrarlos en otro tipo de relaciones humanas. Foucault hace explícita esta distinción en 1984, en una entrevista que conviene citar:

Los análisis que intento hacer se dirigen esencialmente a las relaciones de poder. Y entiendo por tales algo bien diferente de los estados de dominación. Las relaciones de poder tienen un alcance extraordinario en las relaciones humanas. Ahora bien, eso no quiere decir que el poder político esté en todas partes, sino que en las relaciones humanas se da todo un haz de relaciones de poder, que pueden ejercerse entre individuos, en el interior de una familia, en una relación pedagógica, en el cuerpo político, etc. Este análisis de las relaciones de poder constituye un campo extraordinariamente complejo. Dicho análisis se encuentra a veces con lo que podemos denominar hechos o estados en los que las relaciones de poder en lugar de ser inestables y permitir a los diferentes participantes una estrategia que las modifique, se encuentran bloqueadas y fijadas. Cuando un individuo o un grupo social consigue bloquear un campo de relaciones de poder haciendo de estas algo inmóvil y fijo, e impidiendo la mínima reversibilidad de movimiento- mediante instrumentos que pueden ser tanto económicos como políticos o militares – nos encontramos con lo que podemos denominar un estado de dominación (FOUCAULT, 1999, p. 395).

De esta forma, lo que se aparece como una gran dominación o una gran tiranía de los que controlan el poder no es más que el dibujo final de cómo se presentan las relaciones de poder en determinado momento. Su intencionalidad siempre es particular, local y específica: puede ser móvil, flexible o tender a fijarse, a un estancamiento, lo que

resultaría entonces en un estado de dominación, pero nunca en una estrategia universal del control.

Esta distinción –ciertamente tardía en Foucault– entre relaciones de poder y estados de dominación, puede ayudar a entender la necesidad de reenfocar el problema que hemos venido comentando. Cuando el análisis supone un sujeto único del poder, un gran complot detrás de relaciones locales, un gran plan o diseño general, lo que se supone en definitiva es que las relaciones de poder derivan de los estados de dominación, vale decir, que habría una consecuencia en lo cotidiano y local de los estados de dominación, y que estos últimos, se formularían en una esfera anterior que gozaría de cierta anticipación. Desde luego, esto puede tener un fundamento legítimo, pero debe ser depurado puesto que presenta limitaciones metodológicas. El privilegio del estado de dominación no permite dar cuenta del decurso operativo que ha dado como resultado la distribución de fuerzas vigente. Si bien hay vínculos entre las relaciones de poder y los estados de dominación, ellos anidan en que ambos son cristalizaciones de específicas tecnologías de poder.

III) Las Tecnologías de poder como objeto de análisis

Recordemos los dos pasos anteriores. Se trataba en primer lugar de atender a las positivities concretas de los efectos de poder más que a las supuestas intencionalidades que las engendran. En segundo lugar se atendía a la distinción entre relaciones de poder y estados de dominación. Aunque el esquema de la intencionalidad y la concentración unilateral del poder no se aplican en ninguno de los dos casos, su indistinción puede llevar a considerar que toda relación de poder es producto de un estado de dominación. Ahora bien, si retomamos lo planteado anteriormente a propósito de *Surveiller et punir* es posible utilizar este esquema analítico. Decíamos que el modo de una sociedad disciplinaria no es tanto el de una sociedad carcelaria como el de una sociedad en que se generaliza un tipo de efectos de sujeción. Una tecnología de poder es precisamente esto: un tipo singular, un específico modo de sujeción que funciona a partir de racionalidades, tácticas y

unas estrategias bien delimitadas. Dicho eso, tanto las relaciones de poder como los estados de dominación están atravesados e incorporados a estas tecnologías de poder. De ahí el vínculo y también la razón de que no se pueda subordinar causalmente las relaciones de poder a los estados de dominación.

Podemos pensar entonces en algunos de los ejemplos de tecnologías de poder que Foucault comentó, algunos de los cuales analizó largamente y otros que sólo mencionó muy escuetamente. Cuando se refiere a las disciplinas y a la sociedad disciplinaria, ¿a qué alude específicamente? Una tecnología es el conjunto específico de racionalidades, medios y finalidades por el que se produce y ejerce un específico modo de sujeción. En este caso específico las racionalidades se relacionaban con la incorporación de los saberes «psi» en el ámbito carcelario, el desarrollo de saberes penitenciales y criminalísticos además del desarrollo de una serie de tácticas relacionadas en primer lugar con los lugares de encierro. En ese sentido, la disciplina desplaza el castigo físico y aplica una normalización de las conductas, en las que el reglamento y la institución juegan un papel esencial. La prolongación de estas condiciones a otras formas de institucionalidad permite hablar entonces de una sociedad disciplinaria –y no tanto de una sociedad carcelaria–, vale decir de una sociedad que procede a través de estas formas específicas de poder. No se trata, por supuesto, de pensar en alguien específico que opera diseñando esta tipo de sociedad e imponiéndosela a los demás. Tampoco se trata de que las relaciones de clase preexistentes no adhieran o profiten de esta tecnología específica de poder y a través de ella no perpetúen efectos de dominación preexistentes. Por supuesto que estas estrategias y esas operaciones se superponen y se hilvanan, pero también están atravesadas por la disciplina como tecnología que articula las relaciones de poder.

Foucault mencionó además otra serie de tecnologías vinculadas al ejercicio del poder. Entre todas ellas, algunas pueden abarcar un conjunto más amplio de positivities históricas y otras apenas pueden ser observadas. Así por ejemplo, hizo referencia al poder pastoral, al poder soberano, al biopoder y al poder gubernamental. Desde luego que no todas estas descripciones son unitarias o funcionan del mismo

modo. En estricto rigor, el desarrollo y análisis más minucioso de estas variadas tecnologías de poder sigue estando del lado de la sociedad disciplinaria. Así por ejemplo, del poder soberano solo señala cuestiones elementales, básicamente por contraste al describir la noción de biopoder. Con todo, dos cuestiones nos parecen importantes de subrayar. En primer lugar que la sociedad disciplinaria no representa una visión definitiva para Foucault sobre cómo habría que comprender el poder, y lo segundo, es que las tecnologías de poder y los modos específicos de sujeción se modifican; son cambiantes y no necesariamente se ajustan a un paréntesis epocal sino que tienen una historicidad más bien perecedera. De modo que ninguna tecnología específica es invariable, ni el instrumental analítico asociado a ella. Así poner como objeto del análisis la formación tecnológica implica no sólo estar atento a sus transformaciones, sino estar dispuesto a las modificaciones teóricas y metodológicas necesarias.

A modo de conclusión, se puede señalar que la analítica del poder foucaultiana propone una serie de herramientas metodológicas que requieren precisiones y puestas al día en función de su ejercicio y utilización. Hemos pretendido revisar algunas de estos nudos con el fin de refinar el aparato crítico del autor. En primer lugar, establecer el contrapeso necesario para atender a la positividad del poder sin recomponer un agente subjetivo o una instancia que sería su detentor. En otras palabras, sin adjudicar el juego de las fuerzas a una intencionalidad soberana, responsable absoluta del estado de cosas. A partir de lo anterior, se hace preciso profundizar en la distinción entre estados de dominación y relaciones de poder para comprender que las grandes dominaciones e inequidades en las luchas políticas son un estado terminal, una resultante de un juego estratégico y no una instancia explicativa de la distribución de las fuerzas. Se trata entonces de cambiar la perspectiva y preguntarse por cómo ciertos grupos han logrado establecer un control y una neutralización de la movilidad propia de las relaciones de poder y no explicar esta asimetría a partir de la existencia de estos grupos. Finalmente, hemos querido precisar el alcance de la noción de tecnologías de poder, en la medida que permite explicar una cierta racionalidad que se generaliza en el cuerpo social y no una suerte

de patrón unitario que detiene la movilidad y heterogeneidad de los procesos sociales. Dicho de otro modo, la tecnología de poder no es una captura del conjunto de las relaciones de fuerza, sino una matriz de generalización que debe actualizarse cada vez según la singularidad de la historia.

Bastante se ha afirmado que Foucault establece una nueva mirada a la hora de analizar las relaciones de poder. Esta analítica aventurera sigue siendo iluminadora al momento de dirigirse a los diferentes escenarios que requieren de un diagnóstico. Sin embargo, nos parece que muchas de las categorías y nociones con las cuales Foucault elaboró su perspectiva demandaron al mismo autor una serie de revisiones y ajustes, algunos de los cuales hemos pretendido poner de manifiesto. Creemos que no sería fiel al espíritu del autor buscar un calce perfecto entre todos estos desenfocajes y re-enfocajes que proliferan en su analítica del poder. Por el contrario, su vigencia descansa en seguir interrogando, exigiendo y renovando sus alcances más allá de los límites en los que el pensamiento pretende acomodarse.

Referencias

- ARANCIBIA, J. *Extraviar a Foucault*. Santiago de Chile: Palinodia, 2005.
- BALIBAR, É. "Lettre à l'éditeur du cours". In: FOUCAULT, M. *Théorie et institutions pénales*. Cours au Collège de France. 1971-1972, a cura di B.E. Harcourt, Seuil/Gallimard, Paris, 2015. p. 285-289.
- CANGUILHEM, G. *Ideología y racionalidad en la historia de las ciencias de la vida*. Buenos Aires-Madrid: Amorrortu, 2003.
- CASTRO GOMEZ, S. *Historia de la gubernamentalidad 2*. Filosofía, cristianismo y sexualidad en Michel Foucault. Bogotá: Siglo del hombre editors, 2016
- CASTRO ORELLANA, R. *Foucault y el Cuidado de la Libertad: Ética para un Rostro de Arena*. Santiago de Chile: LOM, 2008.
- CASTRO, E. *Pensar a Foucault*. Interrogantes filosóficos de la arqueología del saber. Madrid: Biblos, 1995.
- DELEUZE, G. *Foucault*. París: Les Editions de Minuit, 1986.

FOUCAULT, M. "Qu'appelle-t-on punir?". En: *Dits et écrits, II*. Ed. François Ewald, Daniel Defert, colab. Jacques Lagrange. Paris: Quarto/Gallimard, 2001. Texto n° 346. Traducción en español: «¿A qué llamamos castigar?». En: "La vida de los hombres infames". Buenos Aires: Editorial Altamira, 1996.

FOUCAULT, M. *Vigilar y castigar*. Nacimiento de la prisión. Buenos Aires, 1998.

FOUCAULT, M. "L'éthique de souci de soi comme pratique de la liberté", entrevista con Raul Fornet Betancourt. En: *Dits et écrits, II*. Ed. François Ewald, Daniel Defert, colab. Jacques Lagrange. Paris: Quarto/Gallimard, 2001. Texto n° 356. Traducción en español: "La ética del cuidado de sí como práctica de la libertad". Estética, ética y hermenéutica. Barcelona: Paidós, 1999. (Obras esenciales, tomo III).

FOUCAULT, M. *Las palabras y las cosas*. Una arqueología de las ciencias humanas. Argentina: Siglo XXI editores, 2000a.

FOUCAULT, M. *Hay que defender la Sociedad*. Buenos Aires: FCE, 2000b.

FOUCAULT, M. "Poderes y estrategias". En: *Diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza editorial, 2001.

FOUCAULT, M. *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2002.

FOUCAULT, M. "Precisazioni sul potere. Risposta ad alcuni critici". Entrevista con Pasquale Pasquino, febrero de 1978. En: *Dits et écrits, II*. Ed. François Ewald, Daniel Defert, colab. Jacques Lagrange. Paris: Quarto/Gallimard, 2001. Texto n° 238. Traducción en español: "Precisiones sobre el poder: respuestas a algunas críticas". En: *El poder, una bestia magnífica*. Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2013.

FOUCAULT, M. *Del gobierno de los vivos*. Buenos Aires: FCE, 2014.

IRRERA, O. «Foucault e la questione dell'ideologia». *Materiali Foucaultiani*, a. IV, n. 7-8, gen.-dic. 2015. p. 149-172.

LEONARD, J. « El historiador y el filósofo ». En: *La imposible prisión : debate con Michel Foucault*. Barcelona : Editorial Anagrama, 1982.

LE BLANC, G. *Canguilhem y las normas*. Buenos Aires, 2004.

MACHEREY, P. *Le sujet des normes*. Paris: Éditions Amsterdam, 2014.

MOREY, M. "Introducción. La cuestión del método." En: *Foucault, M. Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona: Paidós, 1990.

SALINAS, A. *La semántica biopolítica*. Foucault y sus recepciones. Viña del Mar: Cenaltes, 2014.

YUING, T. *Tras lo singular*. Foucault y el ejercicio del filosofar histórico. Viña del Mar: Cenaltes, 2017.

Recibido: 10/01/2019

Received: 01/10/2019

Aprobado: 10/01/2019

Approved: 01/10/2019